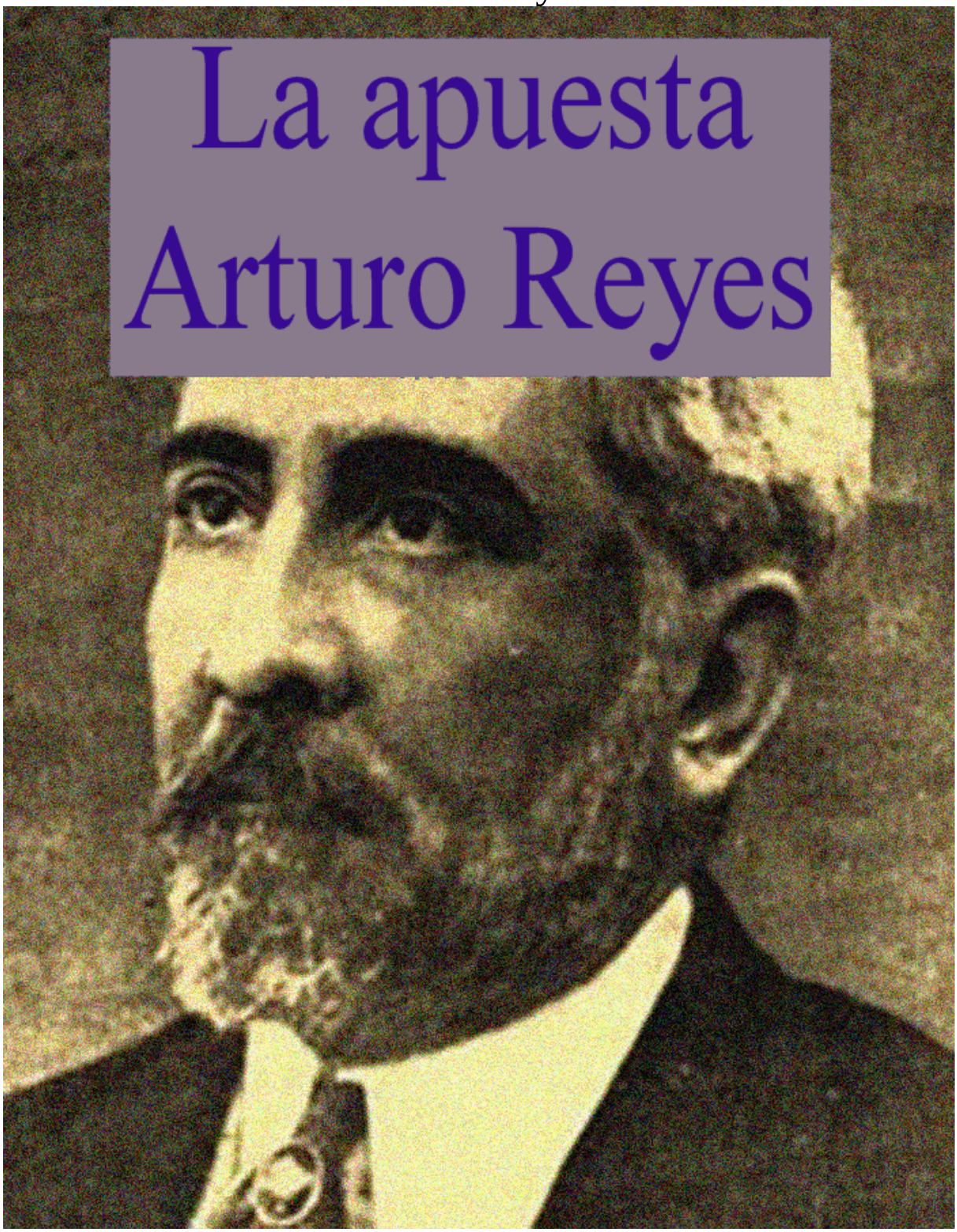
La apuesta
Arturo Reyes



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

- I -

-Me parece a mí por la pinta, que es el *Pinturero* el que viée por el Arroyo de los Angeles -dijo Dolores, entornando los párpados y colocándose la mano sobre ellos a modo de pantalla.

Rosario dejó la costura sobre una silla, se acercó a la reja, mirando en la dirección que acababa de indicarle su hermana, y

-El mismo que viste y calza -exclamó apenas hubo clavado un punto en la dirección indicada sus negrísimos ojos de gacela, y tras un instante de silencio, añadió con expresión ponderativa:

-Como que no se puée confundir con nadie ese *gachó*; como que es el mozo mejor plantao del barrio de Capuchinos.

-Cuando está como ahora a caballo, que cuando no lo está, parecen sus piernas las dos asas de una ponchera.

-Cómo se conoce que nunca te ha sío a ti ese *gachó* ni medio simpático tan siquiera.

-Como que a mí no me lo son nunca los hombres que presumen, y no me negarás tú que ése es de los que se piensan que en mirando a una mujer, el Santolio pa señora.

-Si las mujeres tuviésemos una miajita más de vergüenza, no se enterarían ellos de lo que no se deben enterar, y entonces no tendrían razón pa ser presumíos.

-Es que a ése lo parió su madre pa que se mirara al pasar en tos los escaparates.

-Eso no es to grano, porque sa menester tener en cuenta que quienes más aprietan hablando mal de Joseíto son cuatro esgraciás a las que no puée ver, sin que le dé hipo, el *Pinturero*.

-Lo que parece mentira es que tú defiendas a ese mocito endispués de lo que con él te ha pasao.

-Es que cuando él hizo la apuesta que ha hecho con ese mal arate de Juan Galindo, le llegaba el solera a las glándulas, y, además, no tengas tú cudiao, que si el hombre pecó como pecó, ya sufrirá la penitencia.

-El día que ese *gachó* tenga que pagarle la apuesta al otro, ese día, como si lo viera, tiée que llamar al barbero pa que le dé una sangría.

-No tanto. No diré yo que a Joseíto le guste encender la copa con billetes de Banco, pero de eso a que se le encoja el corazón ni le dé una alferecía..., y si fuese tan «to pa mí», como dicen, no vestiría el hombre como viste; no tendría tan bien alimentá ni tan bien *jateá* a su hermana María Pepa, ni se gastaría un chusco cuando es preciso gastárselo, como el *gachó* se lo gasta... Pero vamos a callar que me parece que ese guasón se viée como tos los días farturao pa nuestra ventana.

-Naturalmente que vendrá a ver si a fuerza de darte coba se ajorra los cuatro chavos de la porfía.

-Sí, ya verás tú los cuatro chavos que le voy a dar yo a ese mozo ahora mismito.

-Pero ¿le vas a decir lo de la apuesta?

-Pos de juro que sí, como que tengo la mar de ganitas de decírselo.

-Pos entonces, tan y mientras yo me voy al patio con la casera.

Y Dolores salió de la sala, mientras Rosario volvía a la costura, no sin recrearse en mirar a hurtadillas a Joseíto, que seguía avanzando con dirección a la reja al paso airoso y lento de su cabalgadura, un potro de gran alzada, de cabos finos y de aventadas narices que enarcaba el robusto cuello como enorgullecido de su gallardo jinete.

- II -

-Buenas tardes, proigio -dijo el recién llegado, casi haciendo meter a su potro la cabeza por entre los hierros de la ventana, y después, apeándose de él con la misma agilidad que hubiese podido hacerlo un acróbata, arrojó las bridas sobre las crines de su cabalgadura y añadió al par que se desentumecía las piernas, taconeando fuertemente sobre el empedrado:

-Que un *divé* bendiga a la reina del rocío... ¿Me querría usté jacer el favor de un buche de la del pozo, a ver si se me pasa el berrinche?

-Vamos, hombre, que sa creío usté que yo soy la Samaritana.

-Lo que me he creío yo es que usté es las dos alas de mi corazón, ¿usté se entera? Lo que yo me he creío es que usté es pa mí la más graciosa, la más pícara, la mejor torneá y, sobre to, la de más malita sangre de toítas las mujeres.

-Y oiga usté: ¿eso de la mala sangre se cree usté que sea mal que no tenga cura?

-¡El cura! Ese es el que yo necesito, el que tiée en su mano el bársamo que me tiée que curar a mí la penita de que muero.

-¡Pos como no le dé a usté el cura ese bálsamo!

-Pero ¿es que usté no se va a adolecer de mí? Pero ¿es que usté me va a dejar morirme de *chingares*? ¿Es que se ha pensao usté que a mí me güele el aliento u que tengo yo algún defecto escondío?

-Pero ¿es que usté se piensa -exclamó Rosario mirando irónicamente a su enamorado- que es usté el sol y que le tiée que gustar usté a toítas las mujeres?

-Pero ¿es que no le gusto yo a usté, salero? -preguntó a Rosario, posando en ella una mirada suplicante Joseíto.

-Hombre, no es cosa que yo le diga a usté que me gusta; pero, en fin, si usté se empeña, le diré que de usté me gusta la fachá, pero no más que la fachá, y sobre to, que no es cosa de que yo parlamente con usté na más que porque usté se salga con la suya y gane la apuesta y se meta en la faltriquera un puñao de colunarias.

Y al decir esto, no pudo evitar Rosario que su voz delatara el despecho que le producía el recuerdo de la arrogante apuesta del *Pinturero*.

Este se puso encarnado, y

-¿A usté quién le ha dicho eso de la apuesta? -preguntó a Rosario con voz de sordas inflexiones, a la vez que se tornaba adusta y sombría su mirada.

Rosario se sintió arrepentida; los ojos del *Pinturero* acababan de prometerle unos cuantos acosones a Juan Galindo, y asustada por esto, exclamó con voz ligeramente turbada:

-De eso me he enterao yo por casolidá, ¿sabe usté?, por casolidá; porque como esas cosas no las dicen ustedes nunca debajo de una campana... Y yo le juro a usté que con la presona que a mí me lo ha dicho no puée usté pelear, so pena de que se ponga usté una chapona y unas enaguas y dos ligas de colores.

-Pero si el día en que pasó eso...

-No siga usté, hombre, no siga usté... Lo que yo le digo a usté es la fija: yo me he enterao porque me he enterao, y usté comprenderá que después de saber yo eso...

Joseíto miró con expresión inquieta y turbada a Rosario, y después:

-Mire usté, ¿usté va a creer lo que yo le diga? -le preguntó.

-Puée que me dé la rabia que tengo por creer lo que me diga.

-Pos bien, es verdá que yo aposté con el Calindo que antes que pasara el día de la Candelaria había de tenerme usté ya prometío ser la que me sazonara y me espumara el puchero; pero eso lo jice yo aquel día porque el *charrán* del de la taberna, que me tiée mu mala voluntá, me habla dao petrolio en lugar de solera, ¿sabe usté? Pero aluego me arrepentí más que de haber nacío, y si no jice de mi palabra un trapo y lo tiré a la corriente de la calle fue porque no quise yo que pensara Juan Galindo que me había arrepentío por no tener que soltar los cuatro ochavos que mediaban en la cosa, pero a clavito pasao me sabía yo que usté no estaba pa mí ni medio mollar tan siquiera. Total, que yo estoy ya la mar de arrepentío, y como de los arrepentíos y de los que lloran es el reino de los cielos, y como pa mí no hay más reino de los cielos que el cielecito de su carita morena, pos velay usté.

-Pos si eso del cielo es verdá y no lo jase usté por salirse con la suya, ya está usté montando en su jaco y metiéndole espuela a su jaco y saliendo de estampía en su jaco, y que no lo güerva yo a ver a usté por aquí jasta que haiga pasao el día de la Candelaria.

Joseíto no se hizo repetir la orden, y ya con un pie en el estribo y apoyándose con tina mano en el enarcado cuello del potro y con la otra inclinándose sobre la frente el pavero, preguntó a la hembra de sus amores:

-¿Y me promete usté que ese día no me iré yo con el corazón dolorío?

Y ante la sonrisa y la mirada de aquélla, que fueron dos promesas y dos caricias, saltó ágilmente sobre su potro, que manoteaba impaciente, y un momento después alejábase Joseito el *Pinturero* por el polvoriento camino del Huerto de los Claveles.

- III -

-¿Y crees tú que vendrá hoy Joseito?

-¡Vaya! Tan segura tuviera yo la gloria.

-¿Y si ha caío en cama por haber tenío que pagar la apuesta?

-¡No te digo que no es Joseíto lo que han dao en decir media ocena de envidiosas!

-¿Y se puée saber por qué ha estao aquí confesándose contigo Juan Galindo?

-Ha venío a pagarme lo que el hombre me debía.

-¿A pagarte lo que te debía? -preguntó sorprendida Dolores a su hermana.

-Como lo oyes, a pagarme una apuesta que tenía jecha con mi presonita gitana.

-Camará, que me maten si te entiendo.

-Pos me vas a entender. Tú sabes que Juan Galindo es un *roa*, ¿no es asín?

-¡Vaya!

-Pos Juan Galindo, como no gana más que cuatro pesetas de jornal y tiée que llevar yeros a dos palomares, pos endispués que jizo la apuesta con Joseíto, al hombre le temblaron las pantorrillas y se atosigó sólo en pensar que pudiese perder la apuesta y se vino en busca mía y me contó lo que le pasaba, y me dijo, pidiéndome cuartel con los ojos: «Si me jase usté llevar la contraria en este mal chapú, yo la mato a usté y endispués yo me enveneno».

-Y entonces, ¿porqué apostó ese mal *arate*?

-Pos, sigún él dice, apostó porque como a mí me había oío dicir que yo no parlamentaría con el *Pinturero* tan y mientras no pensionara al *Pinturero* el Estao, pos velay tú, el hombre se resfaló de la sin güeso y cuando quiso recoger vela, ya lo había soltao, y como los hombres no tiéen más que una palabra...

-Entonces hoy estará el *gachó* tan contento con el *parné* en el bolsillo.

-No, porque los *parneses* que le ha pagao Joseíto los tengo yo aquí pa degolvérselos esta tarde al *Pinturero*.

Y al decir esto, sonrióse maliciosamente la muchacha golpeándose la faltriquera.

-Pero ¿cómo puede ser, chiquilla? -le preguntó Dolores, mirándola con expresión de asombro.

-Pos es mu fácil; yo quise castigar a Joseíto, pero no que el otro guasón se gozara con sus *parneses*, y, por lo tanto, lo que yo jice fue decirle a Juan: «Pos mire usté, so lila, to puée arreglarse. Ya que ha apostao usté contra él, apueste usté tamién contra mí; apueste usté

conmigo a que yo me rindo antes del día de la Candelaria, y si me rindo, yo le pago a usté y usté le paga a él con mis dineros, y si no me rindo, me paga usté a mí con los *parneses* del otro. Total, que pude convencerlo y el hombre ha cumplío corno quien es, y aquí tengo yo un dineral metío en mi faltriquera.

-¿Y qué vas a jacer tú con esos dineros?

-¿Qué querrás tú que haga yo con ellos?... Pus lo que ya te he dicho: dárselos esta noche a Joseíto pa que los eche en una alcancía.

Y no pudieron continuar en su diálogo las dos hermanas, porque en aquel instante sintióse el brioso trotar de un caballo en el polvoriento camino, y momentos después decía Joseíto desde la reja con voz querellosa y besando con sus ojos los ojos negrísimos de Rosario:

-¿Y hoy no habrá por aquí un alma caritativa que le dé siquiera por compasión un buchito de agua a un probetico sediento?